



PALACIO DE LA BOLSA EN PARIS.

Paris reclamaba un edificio digno para las reuniones de los negociantes, que se verificaban antes de la revolución de 1789 en el Hôtel-Mazarino, y que pasaron luego á formarse en la iglesia de los padres menores (1) y después al palacio real. Napoleon fué quien proyectó la construcción de un edificio para la Bolsa, tal cual lo exigía la grandeza de la Francia entonces; y el objeto á que se destinaba. Empezóse en 1808, y se concluyó en 1826.

Este monumento, que sirve á un tiempo para los negocios de la Bolsa y para tribunal de comercio, es un paralelógramo de 158 metros (2) de largo por 82 de ancho, rodeado de sesenta y seis columnas del orden corintio, colocadas sobre un basamento de tres metros de altura. La de las columnas es de 10 por uno de diámetro.

La gran sala de la Bolsa se halla al nivel del suelo en el centro del edificio: tiene de largo 58 metros por 25 de ancho, con mucha claridad y capacidad bastante para contener con desahogo hasta unas dos mil personas. Su pavimento es de mármol y está adornado de bajos relieves, representando la clase de negocios á que se halla destinado el edificio. A una de las estremidades de dicho salon se encuentra el estrado ó lunetas para los agentes de bolsa y corredores de comercio. Tiene otras salas á la derecha, y á la izquierda la escalera que conduce al tribunal de comercio. Son de admirar sobre todo las pinturas que adornan los arcos de la sala grande, debidas en su mayor parte á los pinceles de Abel de Pujol y Meynier. En el fondo de la sala, que sirve para tribunal de comercio, hay tambien hermosas pinturas, representando alegorias muy ingeniosas.

(1) Petit-Peres.

(2) Sabido es que el metro tiene algo mas de tres pies castellanos.

Se considera á este edificio como á uno de los monumentos mas preciosos de la capital, llegando á rivalizar, segun algunos, con el de la Magdalena.

Las horas destinadas á los negocios son de una á cinco en lo general, aunque la galería está abierta al público desde las nueve de la mañana. Las señoras no entran en el salon de la Bolsa durante los negocios, pero acostumbran á pasear en las galerías por las mañanas hasta cosa de las doce.

Ultimamente, la inspeccion del edificio está á cargo de un comisario nombrado por el ministro de Hacienda.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID. (1)

### SEGUNDA AMPLIACION.

#### LOS ARRABALES.

Los historiadores de Madrid que escribieron á principios del siglo XVII, y mas principalmente el licenciado Gerónimo Quintana, que no dudó un momento en acoger y consignar todas las suposiciones mas ó menos fundadas acerca de las antigüedades de esta villa, afirma ya terminantemente la existencia de sus arrabales desde el tiempo de la dominacion de los moros, y hablando de ellos con motivo de la

(1) Véanse los artículos anteriores.

31 DE JULIO DE 1855.



acometida que hizo á esta villa en principios del siglo X el rey D. Ramiro de Leon, y su reconquista inmediata por los árabes, dice que, al paso que fortificaron y reedificaron sus murallas, *ampliaron sus arrabales para que viviesen en él los cristianos que quedaron*. Además, y tratando en otro sitio de la fundacion del monasterio de monjes benitos de San Martin, y de la iglesia parroquial de San Ginés, no duda en asegurar que «*fuéron templos mozárabes y anteriores á la conquista de la villa por los cristianos, y adonde estos acudían á celebrar su culto y oraciones.*»—Pero estas suposiciones son harto difíciles de probar, y lo único que puede asegurarse documentalmente es la existencia en el siglo XIII de un arrabal estramuros de Madrid é inmediato al monasterio de San Martin, fundado á lo que parece por el mismo Alonso VI en los primeros años inmediatos á la conquista, á fines del siglo XI.

En el preciosísimo Códice de los fueros y ordenanzas de esta villa, que se conserva en el archivo del ayuntamiento, y no fué conocido hasta 1748 en que se halló, dando después motivo á los eruditos trabajos é investigaciones de los señores Llaguno, Sarmiento, Burriel, Pellicer, y últimamente á la preciosa Memoria del digno académico de la Historia el señor D. Antonio Cabanilles, impresa en 1852, se halla la revelacion mas completa y fehaciente de lo que era la poblacion madrileña desde principios del siglo XII, y reinando D. Alfonso VII el Emperador, que la otorgó su fuero propio en 1143, sesenta años después de la conquista, hasta mediados del XIII, ó sea 1253 adonde alcanzan las demás disposiciones incluidas en el Códice, el cual comprende un período de noventa años.

En ellas, y refiriéndose al interior de la villa, se mencionan el *Castiello*, calles, casas, el *Corare*, la *alcantarilla de San Pedro*, los *portiellos*, la *puerta de Guadalquivir*, el *palacio*, las *plazas ó azoches*, las *tabernas*, y las *diez parroquias*; y de la parte esterna, el *prado de Toia*, el *carrascal de Balecas*, *molinos*, *canal*, *et toda la renda de Rivas*; se habla de las aldeas de *Balecas*, *Beleneco*, *Humara*, *Sumasaguas*, *Rivas* y *Valdenegral*, y de otros puntos en los términos de Madrid; pero nada se dice claramente respecto á *arrabal*, del cual no tenemos noticia hasta mediados del siglo XIII, porque Juan, diácono, que escribía los milagros de San Isidro por los años de 1275, habla tres veces de él, y hasta declara hácia qué parte caía este arrabal, que era cerca de la iglesia de San Martin.

No puede pues dudarse de la existencia por aquella época de un arrabal ó burgo inmediato ó anejo á aquella iglesia, *vicus Sancti Martini*. Poco importa averiguar si este *vicus* era ó no una poblacion independiente de Madrid y propia solo del dicho monasterio de San Martin, como las aldeas de Valnegral, Villanueva de Xarama, hoy desconocidas, de que se hace mencion en el privilegio concedido á aquel monasterio por el rey D. Alfonso el VI, y confirmado por el VII el año de Cristo 1126 para que pueda poblar el barrio de San Martin, segun el fuero de Santo Domingo y de Sahagun, y para que los que fueren sus vasallos no puedan servir á otro señor ni ser vecinos de otro lugar, y que nadie pueda edificar casa sin licencia espresa del prior de San Martin, y el que viviere dentro del término de parte de ello al prior, y que si el que de allí se saliese vendiese algunas casas, «*las pueda comprar el convento por el tanto, y que si no halla quien las quisiera comprar se queden por del monasterio.*» con otras cláusulas no menos espresivas del mismo privilegio. De todos modos debe considerarse esta carta de poblacion como el fundamento ó origen material de la ampliacion de Madrid por aquel lado; así como de la inmensa estension jurisdiccional de dicha parroquia, que llegó con el tiempo hasta los límites de la nueva villa.

Otro monasterio no menos célebre, fundado igualmente hácia aquella parte, estramuros de Madrid, en los primeros años del siglo XIII, contribuyó no poco á aumentar el caserío del arrabal.—El patriarca Santo Domingo de Guzman, que se hallaba en Francia haciendo la guerra á los Albigenes, envió á Madrid algunos religiosos bajo la direccion de otro del mismo nombre para que hiciesen fundaciones, los cuales obtuvieron del concejo de Madrid, con aquel objeto, un sitio estramuros de la villa cerca de la puerta de Balnado y considerables limosnas y donaciones de los piadosos vecinos de esta villa, dando en su consecuencia principio á la fundacion del convento; pero habiendo venido á Madrid al año siguiente el mismo Santo Domingo, y pareciéndole poco conveniente que sus frailes tuvieran tanta hacienda y rentas, determinó establecer en la indicada casa un monasterio de monjas, y trasladar á otro sitio los religiosos, como así lo verificó recojiendo un número de doncellas á quienes vistió el mismo el santo hábito, y dió la profesion, y dejando enteramente á beneficio de ellas todos los bienes que poseía el monasterio. Continuaron las monjas el edificio comenzado, que estuvo concluido en breve tiempo, y aun se guarda en este convento la carta original de Santo Domingo, dirigida á las mismas, en contestacion al aviso que le dirigieron de estar concluida la obra. Desde entonces los monarcas, los magnates, el concejo y los vecinos de Madrid, manifestaron su devocion y sim-

patía hácia aquella Santa Casa, dotándola de privilegios especiales y cuantiosas donaciones, entre las cuales es notable la que les hizo el rey D. Fernando III de la estendida huerta que llegaba hasta las inmediaciones del Alcázar y se llamaba de *la Reina*, y después de *la Priora*.

#### EL ARRABAL DE SAN MARTIN.

Estos dos famosos monasterios fueron indudablemente la causa de la formacion de aquel estenso arrabal ó parte nueva de la poblacion, propiamente apellidada entonces el *arrabal de San Martin*. No es sin embargo cosa tan fácil como parece el designar con precision los límites de aquel barrio abierto y creciente con la sucesion de los tiempos hasta incorporarse con otros contiguos y formar todos un conjunto con la poblacion principal; pues aunque los cronistas matritenses dicen que ya por los tiempos de Alfonso el VII, ó sea en la primer mitad del siglo XII, «*fué necesario hacer otra nueva cerca de la villa, incluyendo los arrabales, la cual corria á espaldas del Alcázar, hasta lo alto de la plaza de Santo Domingo (adonde se abrió una puerta frente á la de Balnado) y luego continuaba hasta San Martin, donde se abrió otro postigo en el sitio que hoy conserva este nombre, siguiendo después rectamente hasta la puerta del Sol etc.*» no nos marcan con exactitud los puntos intermedios por donde corria esta cerca, ni ha quedado de ella vestigio alguno que los señale, siendo de suponer que si existió efectivamente (lo que dudamos mucho á pesar del plano de su contorno que publicó el diligente Alvarez Baena), seria cuando mas una sencilla tapia muy provisional y pasajera, y que no impidió ni contuvo en nada la progresion del caserío por la parte exterior.—Debemos suponer sin embargo, por la consideracion del rumbo marcado á dicha tapia, por la forma del terreno, por los puntos ó colocacion de los portillos ó entradas, y por algunas especies sueltas y alusivas á dicha cerca en las fundaciones y títulos de los edificios contiguos, que corriendo por detrás del Alcázar comprendia y encerraba dentro de ella la huerta de la Priora, el convento, cuesta y plazuela de Santo Domingo, y que después de abrir la entrada de este nombre (que debia estar mirando al Norte y frente de la calle ancha de San Bernardo), continuaba luego por donde ahora las casas de la acera derecha de la calle de Jacometrezo, hácia el sitio conocido hoy por *plazuela de Moriana*, en que desemboca la calle que baja á San Martin, donde se abrió otro *postigo* que ha quedado por nombre de dicha calle. Desde allí descendia rápidamente hasta la embocadura de la calle del Carmen, y dejando á la parte afuera la cava ó foso que por allí corria, seguia sin duda por detrás de la de los Preciados á salir rectamente á la Puerta del Sol, entre los *olivares y caños de Alcalá*, y el *arenal* que se extendia hasta mas allá de San Ginés.

Empezaremos ya nuestro paseo por este recinto, por lo que forma hoy la magnífica plaza, jardines y paseos al Oriente de Palacio, y en el tiempo á que aludimos estaba formado por unos derrumbaderos y barrancos, en cuyas mesetas ó rellanos superiores habia algun pobre caserío, huertos, y mas principalmente el ya citado de la Priora, que ocupaba la parte principal de dicho terreno, donde hoy se forma la glorieta central de los jardines y paseos, y en derredor del cual se fueron levantando posteriormente diversas casas de oficios de la real servidumbre, que hoy han desaparecido y fueron conocidas por la *casa del Tesoro*, *Biblioteca Real*, *juego de pelota*, etc. Frontero á ellos, al otro lado del barranco, y en una meseta formada naturalmente en lo que pudiera llamarse el lomo de otros que cruzaban á no muy largo trecho, entre la calle de las Fuentes y la subida de Santo Domingo, estaban los *Caños del Peral* que surtian de agua á unos lavaderos públicos, propios de la villa, y un corral cercado, que ocupó en 1704 una compañía de comediantes y operistas italianos, para dar sus representaciones al aire libre, mediante algunos cuantos tableros que formaban el escenario, y unos toldos que servian para defender del sol á los espectadores. Pocos años después otra compañía de *trufaldines*, bajo la direccion de Francisco Bartoli, construyó ya un mezzquino teatro, que con decir que algun tiempo mas adelante fué tasado en treinta mil reales para cargarse con él la villa, está espresado lo que podría ser; hasta que derribado en 1757 y construido de nueva planta otro edificio mas decoroso, comprendiendo tambien el terreno de los caños y lavadero, fué inaugurado por una buena compañía italiana en 1758. Este es el que ha durado casi un siglo con el mismo destino, hasta que después de la salida de los franceses, y no sin haber servido, aunque por breves dias en 1814, para la reunion de las cortes del reino, fué demolido por ruinoso en 1818, y se sentaron sobre parte de su solar los cimientos del magnífico teatro Real, que hemos visto terminar en 1850.

El Real monasterio de *Santo Domingo*, situado al pié de la cuesta del mismo nombre, y de que ya queda hecha mencion, llegó á ser con el tiempo y con los auxilios y proteccion de los monarcas un monumento artístico é histórico de la mas alta importancia y digno de la



mayor veneración. En esta santa casa, en la que vivieron y profesaron algunas personas de sangre real, y en la que yacen los restos del rey D. Pedro de Castilla, su hijo el infante D. Juan, y su nieta Doña Constanza, priora del mismo convento, y estuvieron también los del desgraciado príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, antes de ser trasladados al Escorial, se ofrecen como objetos del mayor interés histórico dichos sepulcros, su elegante coro, obra del insigne Juan de Herrera, la espaciosa iglesia de dos naves, sus buenos cuadros y la antiquísima pila en que fué bautizado Santo Domingo, que se halla metida en otra de plata y sirve para bautizar á las personas reales, á cuyo efecto es conducida á la Capilla Real. Antiguamente la portada de la iglesia formaba rinconada mirando á Palacio; pero hoy está cubierta esta portada y fachada del convento con una casa, y la entrada á la iglesia es lateral formada por un pórtico, obra de fines del siglo pasado.—En el portal de dicha casa contigua, que hoy se reconstruye de nueva planta y en el de la portería del convento se veían hasta el día dos lápidas muy antiguas y que debieron estar en otro sitio anteriormen, en las que se leen las palabras que segun la tradición pronunció al morir el célebre asesinado por el rey D. Pedro en Sevilla, y aparecido al mismo en las sombras de la noche al pasar por delante de este convento.—En esta santa casa fueron recojidas por las religiosas las principales señoras de la villa durante los encarnizados disturbios ocasionados por la guerra de las comunidades, cuyos partidarios vencedores pegaron fuego al convento, que estuvo á punto de desaparecer.—Otros muchos recuerdos históricos, religiosos y artísticos, podríamos repetir relativos á este notabilísimo monasterio; pero preferimos remitir al lector á la interesante memoria histórica y descriptiva de él, que ha publicado en 1830 D. J. M. de Eguren.

Contiguo á este monasterio, en la misma manzana 404, se hallaba el otro de religiosas franciscas de Santa Maria de los Angeles, y tanto lo estaba, que con motivo de un grande incendio ocurrido en 1617 se salvaron en el de Santo Domingo las religiosas de aquel con solo romper una tapia medianera. Dicho convento, que habia sido fundado en 1564 por Doña Leonor Mascareñas, que vino á Castilla con la emperatriz Doña Isabel, y fué aya del rey D. Felipe II y del príncipe D. Carlos, era poco notable, y fué demolido hácia los años de 1838, alzándose hoy en su solar y en el de la inmediata huerta de Santo Domingo varias casas particulares que han trasformado en espaciosas y elegantes las antiguas bajadas de los Angeles y calle de los Caños.

Enfrente del convento de Santo Domingo el Real, y en la cuesta del mismo título, existen aun dos casas principales de alguna importancia histórica. Las primeras, con el número 1 antiguo y 7 moderno, fueron propias del mayorazgo que fundó el contador Francisco de Garnica á fines del siglo XVI, y posee hoy el señor duque de Granada, vizconde de Zolina. Una parte de dichas casas (donde se alzaba un torreón en que segun tradición, no sabemos hasta qué punto fundada, estuvo también preso algun tiempo el famoso secretario de Felipe II Antonio Perez), ha sido derribada y reconstruida de nueva planta en este mismo año. En la que aun queda en pie nació en 1681 el famoso cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, que tanta influencia tuvo en la política del gabinete español en el último reinado de los monarcas austriacos y en el famoso testamento de Carlos II, que llamó al trono español á la familia de los Borbones; fué hijo del conde de Palma, y murió en Roma en 1760.—La otra casa es la señalada con el número 1 antiguo y moderno 2, con su entrada por la antigua calle de la Puebla (hoy del Fomento), y que poseen y habitan los señores duques de Frias como marqueses de Villena y condes de Oropesa. En ella creemos que vivía el de este último título, presidente de Castilla y ministro en tiempos del mismo monarca Carlos el Hechizado, y fué asaltada y saqueada por el populacho en la famosa asonada de 1699, conocida por el *motín del pan*, que ocasionó la caída y fuga de aquel magnate.

A espaldas de dicho monasterio de Santo Domingo, y entre él y el de San Martín, se forman varias callejuelas y plazuelas, algun tanto regularizadas y ensanchadas hoy con las nuevas construcciones, si bien por la mayor parte conservan sus antiguos nombres de *Costanilla de los Angeles*, calle de la Priora, plazuela de Santa Catalina de los Donados, de los Trujillos, calle de las Conchas, de la Sarten, de las Veneras, de la Ternerera, del Postigo y de la Bodega de San Martín, de la Flora y plazuela de Navalon.—Poco es lo que ofrecen de notable estas escondidas calles; sin embargo alguna cosa queda todavía del antiguo caserío, por ejemplo las casas que forman la plazuela de Santa Catalina; la señalada con el número 1 nuevo, que tiene su entrada por dicha plazuela y Costanilla de los Angeles, con vueltas también á la calle de la Priora y de los Caños, es la que fundó y vivió el famoso licenciado D. García de Barriónuevo y Peralta, del Consejo del Emperador, y tronco de la familia de los Barriónuevos, tan considerada en esta villa, así como él lo fué por su estremada grandeza, liberalidad y virtudes. Llevó el título de primer marqués de Cusano, y aun hoy la poseen sus descendientes en este título, y fundó para sus hijos otros

mayorazgos, labrando para ellos no solo estas casas, sino otras dos de que mas adelante haremos mención; instituyó varias memorias y obras pías, y la capilla propia de su apellido en la parroquia de San Ginés, donde yace enterrado.—Enfrente de esta casa, en la misma plazuela y calle de Santa Catalina, estan las otras que fueron de Pedro Fernandez Lorca, secretario y tesorero de los reyes D. Juan el II y D. Enrique IV, y convertidas por él en 1460 en albergue ó hospicio para doce hombres honrados á quien la demasiada edad quitó la fuerza para ganar el sustento. Vestían unas becas ó caperuzas de paño pardo y llamábanlos los Donados; pero en el día creemos que no existan ya en comunidad, ni bajo la regla que les prescribió el fundador. Estas casas debieron ser tan notables, que hay quien asegura que en ellas se hospedaron varias personas reales, y aun el mismo emperador Carlos V.—La manzana 411, entre Santa Catalina y la casa de Barriónuevo, estaba formada hasta el año presente, en que ha sido derribada para construir de nueva planta, por la propia del apellido de Olivares, familia de esclarecida nobleza en Madrid, fundada por D. Gabriel de Olivares.—La de enfrente, que hoy ocupa el señor duque de San Carlos, pertenecía á principios del siglo XVII á las familias de Espínola y Pedrosa, y luego al marqués de la Vega.

Al principio de la inmediata calle de la Flora, esquina y con vuelta á la de la Bodega de San Martín, hay otra casa antigua, señalada hoy con el número 1 moderno, que segun los registros de sus títulos perteneció nada menos que á D. Alvaro de Luna; pero aunque bastante vieja no creemos que sea del siglo XV, contemporánea de aquel célebre valido de D. Juan II.—En el trozo de calle de la Sarten, comprendido entre la Costanilla de los Angeles y la calle de las Veneras, existió hasta hace muy pocos años, que ha sido reedificada, señalada con los números 10 antiguo y 7 moderno, la casa conocida por de las Conchas, que ha dado nombre á este trozo de calle.—Dicha casa fué de Diego de Alfaro, á fines del siglo XVI, y no sabemos si él mismo ó alguno de sus sucesores fué el que hizo construir en ella, y con ocasión de haber hecho una peregrinación á Tierra Santa, una capilla ú oratorio, y decoró ó revistió su fachada con multitud de conchas, de que hoy se ha conservado en la renovación de la casa una sola sobre cada balcón.

El callejón de la Ternerera, que desde la de la Sarten sale á la de los Preciados, solo nos recuerda la gloriosa muerte del héroe D. Luis Daoiz, ocurrida en 2 de mayo de 1808 en la casa en que habitaba, y adonde fué trasladado herido mortalmente en defensa del parque de artillería.

A la entrada de la calle del Postigo de San Martín por la plazuela de las Descalzas está aun perfectamente conservada la casa que fué del secretario Alonso Muriel y Valdivieso, y es la señalada con el número 1 antiguo y 8 moderno de la manzana 593. Dicese que fué obra del famoso arquitecto del Escorial Juan de Herrera, y cuando no lo dijera la tradición lo declararía la severidad y corrección de su estilo y gusto propio, que se revela hasta en las obras menos importantes de aquel insigne arquitecto.—La iglesia parroquial de San Martín, que estaba frente á esta calle del Postigo y formaba parte de la manzana 592, ocupada toda ella por el célebre monasterio de monjes benitos, avanzaba bastante hasta dicha calle del Postigo, cuadrando y regularizando la plazuela de las Descalzas. Era obra de los primeros años del siglo XVII, y su capilla mayor fué dotada y labrada á expensas del ya dicho Alonso Muriel, secretario de cámara de Felipe III, en cuyo presbiterio yacía en un suntuoso panteón, juntamente con su esposa Doña Catalina Medina. También existían en dicha iglesia otros sepulcros notables del contador y tesorero de Carlos V, Alonso Gutierrez, dueño que fué de la casa donde hoy está el Monte de Piedad; el patriarca de las Indias y gobernador del Consejo, señor Figueroa, y el célebre general de marina don Jorge Juan (1). Era además notable este templo por sus suntuosas capillas, sus milagrosas imágenes y sus ricas alhajas y pinturas; pero fué demolido por los franceses, y no ha vuelto á ser construido, viéndose todavía desamparado el solar que ocupaba. En cuanto al convento contiguo, que aun existe en pie, y que después de la esclaustración de los monjes ha sido destinado á las oficinas de gobierno político, diputación provincial, bolsa y tribunal de comercio, junta de sanidad y otras varias, y hoy se halla ocupado por la Guardia civil, nada podemos decir sino que trastocado en sus fachadas, mutilado en sus torrecillas y portadas, dividido y subdividido en sus patios, escaleras, galerías y habitaciones interiores, segun los diversos usos á que se le ha aplicado, ha habido momentos en que se le ha declarado ruinoso y mandado su demolición de real orden, y otros en que se han gastado considerables sumas en pintar y decorar sus fachadas y en reformar su interior.

La plazuela de las Descalzas, centro del antiguo arrabal de San Martín, era aun en los primeros años de este siglo un reflejo fiel, una

(1) Hemos oído decir que cuando los franceses hicieron derribar dicha iglesia, estrajeron de su suntuoso sepulcro los restos de este célebre marino, y los hicieron trasladar al Ayuntamiento, tributándole los honores de capitán general. Ignoramos en qué sitio fueron depositados, si bien tememos que yacían ignorados en algun rincón ó sótano de la Casa Consistorial.



página intacta de la corte de la dinastía austriaca, del Madrid del siglo XVII.—Formada por uno de sus costados por la dicha iglesia y convento, y que tenía su pórtico y entrada principal frente al Postigo, y de la casa ya citada del secretario Muriel, obra de Juan de Herrera, ocupaba como en el día su frente meridional la severa fachada del monasterio de señoras Descalzas Reales, y la linda portada de su iglesia, construida según el estilo clásico por el no menos célebre artista Juan Bautista de Toledo, y continuada en el mismo estilo por el moderno D. Diego de Villanueva.—Un arco ó pasadizo de comunicación unía esta fachada con la casa que forma el otro frente de la plazuela, y que hoy ocupa el Monte de Piedad y Caja de ahorros; severo y notable edificio que fué del tesorero Alonso de Gutiérrez, y mereció el honor de ser habitado por el emperador Carlos V, y en el que dejó á la emperatriz y á su hijo Felipe II al partir para la jornada de Túnez.—Al frente de este arco se alcanzaba á divisar, y existe todavía, otro notable edificio, obra del arquitecto Moncayo, destinado á habitación de los capellanes y á casa de *Misericordia*, para doce sacerdotes pobres; y cerraba por último la plazuela al lienzo Norte con las casas del marqués de Mejorada, del duque de Lerma y otras, sustituidas mas tarde por la grandiosa y sólida del marqués de Villena, que hace esquina y vuelve á la bajada de San Martín.—Todos aquellos edificios, no solo por su gusto especial y el orden de su construcción y ornato, sino tambien por su severo aspecto y tostado colorido, revelaban su fecha y trasladaban fielmente la imaginación del espectador á la época gloriosa de su fundación. Pero vinieron los franceses y echaron abajo (sin pretexto alguno) la iglesia parroquial de San Martín, y no sabemos si tambien el arco de comunicación entre el convento de las Descalzas y la casa del Monte; si bien pudo ser suprimido anteriormente con motivo de haber recibido esta su nuevo destino. Vino después la revolución y la esclaustración de los monjes de San Martín, y se apoderó el gobierno de este monasterio; colocó en él sus oficinas y dependencias, y á pretexto de *mejorar su aspecto*, desmochó sus torrecillas, varió el orden de sus ventanas, y envolvió sus lienzos en el obligado colorete *beurre fraîche*, que tan en moda está en las modernas casas de Madrid. Las contiguas á las Descalzas, y que formaban parte del mismo monasterio, vendidas después y destinadas á oficinas de la hacienda, fueron tambien recompuertas y revocadas; hasta el secular *Monte de piedad* tuvo precision de seguir el movimiento *regenerador*, impreso por la *opinión pública* de los gaceteros, y los apremios y multas de las autoridades; así como igualmente la casa de *Misericordia*, que habia dado en manos de particulares, y convertido en compañía mercantil, imprenta, teatro y salones de baile, tuvo que colocarse á la altura del siglo, á vestirse de moda y enmascarar sus arrugas con el consabido colorete; con lo cual y la *graciosa* fuente colocada en el centro de la plazuela, y adonde vino á refugiarse la estatua de la mitológica deidad que con el prosaico nombre de *la Mariblanca* reinaba sobre los aguadores de la Puerta del Sol, y fué lanzada de aquel sitio por el progreso de las luces y del asfalto, quedó completamente *civilizada y secularizada* aquella levítica plazuela; salvando empero hasta el día su clásico y religioso frente meridional con la fachada de la iglesia y monasterio; si bien es de temer que no dure por mucho tiempo en aquel traje discordante, habiéndose encargado ya las gacetas de *excitar el celo de la autoridad* para que les pase una buena mano de ocre y almagre, ó por lo menos que lave sus sillares con ceniza ó porcelana, y haga pintar en sus lienzos los agraciados juegos, cuadros, círculos y floreos de agramilado con que acaba de *embellecerse* en estos días la antes citada casa frontera que labró el célebre arquitecto del Escorial.

De este celebrísimo monasterio de religiosas franciscas, apellidado de las Descalzas Reales por ser fundación de la princesa Doña Juana, hija del emperador Carlos V y madre del desgraciado rey D. Sebastian de Portugal, nada podemos decir aquí que no sea harto conocido, y solo nos limitaremos (contrayéndonos á nuestro recuerdo histórico) á expresar que fué construido en 1539 por el arquitecto Antonio Sillero sobre la misma área que ocupaba el palacio de Carlos V, y no sabemos si aprovechó en el murallón que mira al Postigo alguna parte de la construcción del antiguo palacio; este, del que no tenemos mas noticia, se hace remontar por algunos al reinado de Juan II, y por otros nada menos que al de Alfonso VI el Conquistador, diciendo que en él se celebraron las primeras cortes del reino en Madrid en 1239 y 40. Puede acaso presumirse la existencia de este palacio en el siglo XII de las propias palabras del fuero de Madrid, que menciona y hace distinción entre el *Castiello* y el *Palacio*. Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que dicha serenísima princesa Doña Juana de Austria, siendo viuda del príncipe D. Juan de Portugal y Gobernadora de estos reinos de España, que habia nacido en este mismo palacio, del que era propietaria, le trasformó en convento para las religiosas de Santa Clara que trajo de Gandía S. Francisco de Borja, é ingresaron en este monasterio en 1539. En su preciosa iglesia, renovada completamente á mediados del siglo pasado por el arquitecto D. Diego Villanueva, se conserva el célebre altar mayor, obra del famoso arqui-

tecto, escultor y pintor Gaspar Becerra. En una preciosa capilla de mármol al lado de la epístola, está el sepulcro de la piadosa fundadora, sobre el cual se ve su estatua de rodillas, obra de Pompeyo Leoni. En el coro está enterrada tambien su hermana la emperatriz de Alemania Doña María, que vivió y murió en esta santa casa, en la que la acompañó como religiosa profesa su hija Doña Margarita y otras varias personas reales. La fundación de este monasterio fué hecha con una magnificencia verdaderamente régia, pues no solo fué dotado con el mismo y su huerta contigua, sino con el resto de la manzana que ocupa y da vuelta á las calles de Capellanes, de Preciados y del Postigo, en un espacio de mas de 153,000 piés de terreno, con mas la casa de Misericordia para habitaciones de capellanes y dependientes con 57,000 piés, y las que hoy son del Monte de piedad con unos 12,000. Su abadessa era y es considerada como grande de España; su clerecía se componia de un capellan mayor, quince titulares, seis de altar, un maestro de ceremonias y tres sacristanes presbíteros; tenia su capilla de música y celebraba el culto con suma pompa y aparato. Hoy, con las reformas políticas, ha perdido gran parte de aquellos bienes y ha decaído mucho de su antigua magnificencia; y ya hemos dicho que las casas contiguas, vendidas después, las ocupan las oficinas provinciales de la hacienda y la tercera de tabacos. La de *Misericordia* dos imprentas, un teatro y diferentes sociedades mercantiles ó danzomanas. La del *Monte de piedad*, adquirida por la villa de Madrid á principios del siglo XVII para hacer de ella servicio á S. M., fué donada por D. Felipe V, en los primeros años del siglo XVIII, al piadoso establecimiento del Monte, fundado en 1700 por el capellan Don Francisco Piquer.

El resto de las calles de este distrito ó arrabal ofrece poco interés. La plazuela que se forma al fin de dicha calle de Capellanes lleva el título de *Zelenque*, y anteriormente de *Juan de Córdoba*, por estar en ella en lo antiguo las casas del mayorazgo que poseyó y habitó en tiempo del rey D. Enrique IV y de los reyes Católicos D. Juan de Córdoba y *Zelenque*, alcaide de la casa real del Pardo. Contiguas á ellas, y en el número 1 antiguo, en el sitio que ocupan hoy las modernas del señor Alvaro Benito, de la manzana 395, estuvieron las del *duque de Arcos* y de *Maqueda*, que fué el antes de la *duquesa de Nágera*, y enfrente de ella, donde hoy la de los Aguirres, moderna tambien, estaba la del mayorazgo de *Espinosa*.—La calle de *Peregrinos* tomó este nombre del hospital de *Caballeros de San Ginés*, trasladado á ella desde el otro lado del arrenal.—Del estrechísimo y tortuoso callejón que comunica entre la de la Zarza y la Puerta del Sol, y lleva el título del *Cofre* ó de *Cofreros* (*des Bahutiers*), ya se hace espresa mención en la historia ó novela de *Gil Blas de Santillana*, por vivir en ella el señor *Mateo Melendez*, mercader de paños de Segovia, á quien vino recomendado el mismo *Gil Blas*.—La calle de los *Preciados*, en fin, que suponemos limitaba este arrabal desde las inmediaciones de la Puerta de Santo Domingo á la del Sol, no sabemos por qué razón lleva este título, aunque creemos sea el apellido de una familia habitante en ella. Pocos son los recuerdos ni objetos históricos que nos ofrece, pues casi todo el caserío es nuevo; solo existe ya algun otro edificio antiguo, como la casa número 1 antiguo y 27 moderno, que hoy ocupa la compañía de libreros é impresores y fué del conde de Mora y del secretario Ibarra; la tapia y mezuquinas casas contiguas de la huerta de las Descalzas y alguna otra. En una casa moderna, señalada con el número 74, se ve una lápida, sobre la que en relieve de medio cuerpo está representado el ilustre y desgraciado general D. José María *Torrijos*, que nació en ella y fué arcabuceado en Málaga en 1831 por haber intentado restablecer la Constitución. Ultimamente la casa que termina esta calle, con vuelta á la Puerta del Sol y calle del Carmen, fué hasta el siglo pasado casa real de expósitos, hospital é iglesia de la *Inclusa*, fundada por la cofradía de la Soledad en 1567, hasta que se trasladó á la calle del Meson de Paredes. Esta casa parece renovada en el siglo último, aunque fué labrada anteriormente por la cofradía, en el sitio en que habia otras varias, y hoy está reducida á habitaciones particulares y tiendas de comercio.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

(Continuación.)

Todas esas estrellas brillantes que veis en los cielos cada noche, no pertenecen á nuestro sistema solar; y se cree que ellas mismas son soles de que dependen otros planetas como el nuestro.

Así pues cada estrella será el centro de un nuevo sistema que tendrá aparte sus planetas, sus lunas y sus cometas. Su distancia es tan prodigiosa que no es posible medirla; solo se sabe que tienen determinados limites. Su luz parece emplea tres años en llegar á nosotros; así, si cualquiera de ellas aparece en setiembre, nosotros no lo



sabremos sino tres años después. La luz del sol, que dista de nosotros 34 millones de leguas, nos llega en 8 minutos y 15 segundos: esto puede servir de término de comparación.

Llámanse *estrellas fijas* porque no parecen moverse, permaneciendo á la misma distancia de nosotros, como las unas de las otras. Pueblan el infinito espacio por grupos ó *sistemas* de estrellas; y nuestro sol no será mas que una de esas innumerables lumbreras que constituyen en conjunto esa luminosa faja que habreis podido observar en el cielo durante las hermosas noches del estío, y que se llama *Vía Láctea* ó *Camino de Leche*.

Cuando se miran por telescopio las estrellas, aparecen en número infinito, pasando seguramente de cien mil; pero á la simple vista, aunque sea en la noche mas clara, solo aparecen de 6,000 á 8,000.

Forman entre si diversos grupos, llamados *constelaciones*, á quienes los antiguos, por clasificar y describir mas fácilmente las estrellas, han dado nombres de hombres y de animales. Los modernos siguen este uso, reconociendo muchas constelaciones, de modo que el globo celeste está lleno de figuras imaginarias.

En el Zodiaco, ó ruta que el sol parece seguir en el cielo, aun



La Luna.

cuando es la tierra la que se mueve, hay doce de estas constelaciones, cuyos nombres son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis; comprendiendo la primavera las tres primeras, las segundas el estío, y así sucesivamente hasta las últimas que pertenecen al invierno.

## EL DOCTOR AZPILCUETA.

En el siglo XVI, tan extraordinario por la multitud de hombres esclarecidos que produjo, por el vuelo que tomaron en él todos los ramos del saber humano, y por haber sido el verdadero siglo de oro de las ciencias en España, hé aquí que un varón, nacido en Navarra, educado en Castilla la Nueva, ilustrado en Francia, ensalzado en Castilla la Vieja, buscado y premiado en Portugal, y coronado, por decirlo así, en Roma, resplandeció é iluminó, cual astro de primera magnitud, durante seis décadas de dicho siglo, y mereció ser llamado por antonomasia el DOCTOR NAVARRO, y enumerado con este renombre por la posteridad entre los hombres célebres.

Martin de Azpilcueta vino al mundo el día de Santa Lucía, 13 de diciembre de 1493, en Barasuain, villa á cuatro leguas de Pamplona, habiendo recibido el ser de dos familias ilustres y antiquísimas, de una de las cuales, la paterna, brotó trece años mas tarde otro insigne vástago, el Apostol de las Indias San Francisco Javier. Siendo todavía de tierna edad tomó Azpilcueta el hábito de canónigo regular de la real iglesia colegial de Roncesvalles, y después de estudiar las artes liberales, filosofía y teología en Alcalá de Henares, trasladóse á Francia, acaso (y sin acaso) emigrado, siguiendo la desgraciada suerte del último rey de Navarra, D. Juan de Labrit, que fué destronado por el Rey Católico. Después de estudiar entrambos derechos en la universidad de Tolosa, donde se ordenó de mayores, con dos beneficios de Falces y de Barasuain, su parroquia madre, tanto en dicha universidad como en la de Cahors enseñó y explicó aquellas facultades, con tal aplauso y fama, que no obstante su cualidad de extranjero, se le ofreció

una plaza de consejero en el parlamento de París; pero rehusóla el jóven doctor, porque sus vehementes deseos eran regresar á su patria.

Llevó á cabo esta diligencia después que á exhortación suya lo realizaron sus deudos, descendientes de sangre real, el mariscal de Navarra, D. Pedro, y su hermano D. Francisco de Navarra, quien tuvo por compañero y guía á Azpilcueta por espacio de catorce años en Francia y Salamanca, y fué sucesor de Santo Tomás de Villanueva en el arzobispado de Valencia. En virtud de oposicion alcanzó el doctor Navarro, en la celeberrima universidad Salamanquina, la cátedra de prima de cánones; habiendo causado una revolucion, digámoslo así, en su enseñanza con los especiales conocimientos traídos de Tolosa, así como con los adquiridos en París mejoraron á la sazón Francisco Victoria y Martin Siliceo en la misma universidad el estudio de la teología, filosofía y artes liberales. Dedicóse por espacio de catorce años con tal celo y constancia el doctor Navarro al desempeño de su magisterio, que ni en invierno ni en verano dejó un solo día de verter durante dos y tres horas los raudales de su mucha doctrina, y por otra parte, lo que es muy de notar, cuando todavía estaba humeante en los campos de Villalar la sangre de los *Comuneros*, dió tan relevantes testimonios de la



firmeza de su carácter y de lo atrevido y alto de sus opiniones en materias de derecho político (era la conciencia ilustrada y leal del hombre de la Escritura que aprendió sin ficción y comunica sin envidia), que canonizó el principio, al parecer enterrado en dichos campos, y resucitado y debatido tanto en nuestros días acerca de la *Soberanía nacional*, sustentando en pública palestra, entre otras de diferente índole, la conclusion siguiente: *Regnum non est regis, sed communitalis; et ipsa regia potestas jure naturalí est ipsius communitalis, et non regis; ob idque non potest communitalis ab se penitus illam abdicare*. Para inteligencia de todos la reasumiremos en castellano: *El reino no es del rey sino de la comunidad, y el mismo poder real es por derecho natural de la comunidad y no del rey; y por tanto no puede la comunidad absolutamente abdicar este poder*. Trascurridos veinte años, todavía se gloria Azpilcueta de este combate literario, llamando sublime su conclusion, *praxalta*, y feliz el día en que se efectuó aquel, con aplauso de todo el concurso y de los sábios, y citando y elogiando á los principales antagonistas argumentantes, con los altos puestos á que fueron elevados de cardenales, prelados y consejeros. En Coimbra era donde se explicaba así el político doctor, rodeado de su nueva y no menos ilustre, aunque naciente clientela: plantel frondoso lusitano de Azpilcueta por voluntad de dos reyes, segun se va á indicar.

Aunque con gran sentimiento de su universidad de Salamanca, tuvo Azpilcueta que despedirse de ella y de la ciudad, porque el emperador Carlos V, accediendo á los ruegos del rey de Portugal, quiso que el doctor Navarro se trasladase á Coimbra, á fin de que su universidad, recientemente fundada por el mismo rey, adquiriera crédito y renombre con la direccion de tan gran maestro. En efecto, planteó de una manera sólida y fundamental el estudio de la jurisprudencia canónica, y después de sembrar los tesoros de su saber con el mayor



aplausos y asiduidad, cosechó en Coimbra el buscado catedrático tan opimos frutos como en Salamanca, donde fué discípulo suyo D. Diego Cobarrubias de Leiva, una de las primeras lumbreras de nuestro derecho político, civil y canónico, presidente del Consejo Real de Castilla, obispo de Ciudad-Rodrigo y Segovia, y padre tan eminente en el concilio de Trento, como por decirlo así, el grande Osio de Córdoba en el de Nicea. Este personaje (Covarrubias) escribió y sostuvo en el introito de sus excelentes obras la soberanía nacional de Castilla y de todo pueblo, imitando á su digno maestro.

Al cabo de diez y seis años de incesante enseñanza fué jubilado Azpilcueta con la renta de 1000 ducados anuales, galardón que sufragó completamente sus deseos, habiendo por lo mismo procurado impedir que el monarca fidelísimo consumara el intento de remunerar sus importantísimos servicios con una mitra.

Por aquel tiempo, hallándose en Lisboa para navegar al Asia su pariente San Francisco Javier, escribióle dos veces de Coimbra el doctor haciéndole algunas preguntas acerca del instituto de su vida y de su Compañía de Jesús, naciente, sobre el cual y contra el cual tanto, decía, se hablaba. Respondióle el santo que no pudiendo contestarlas cómodamente por escrito, en razón de su varia y característica índole, aplazábalas para cuando se vieran siquiera una vez en esta vida, y despacio, como así lo esperaba en Dios, antes de partir para las Indias, recomendándole al mismo tiempo al portador de la carta, estudiante de su especial cariño, y aspirante con ansia al discipulado del doctor por la fama de su doctrina y disciplina escolar. No consta que se vieran los dos Azpilcuetas, pues Azpilcueta se llamaba también el Santo por su madre, yéndose el P. Javier con su reserva á las lejanas regiones de su glorioso apostolado, y quedándose el sabio y curioso preguntante con sus deseos de saber.

Tratando el benemérito jubilado de restituirse á España, solo vino en ello el soberano portugués á condición de que regresaría á su reino, donde le creía hombre necesario; y en efecto, habría tornado allá el requerido, á no habérselo estorbado en su patria, donde eran tan ansiados como en Portugal su presencia y consejos. Fué confesor de varios príncipes, y entre ellos de Doña Juana de Austria, quien siendo gobernadora de España, durante la ausencia de Felipe II, le propuso para el arzobispado de Santiago; pero rehusólo Azpilcueta, que á la sazón estaba muy enfermo en Navarra, respondiendo que «estaba mas cerca para ir al cielo que para obispar en este mundo:» ingeniosa escusa para encubrir el verdadero motivo de la negativa, que estribaba en su ardiente amor á la sabiduría, prefiriéndola, á ejemplo de su maestro Santo Tomás de Aquino, á todas las dignidades y rentas del mundo. Con igual humildad y espíritu rehusó plazas en el consejo del Rey y en el supremo de la Inquisición, ofrecidas por Felipe II. Ya cuando principió á florecer como sabio había renunciado destinos del mismo orden en el parlamento de París, como mas antes se dijo, y en el consejo de Navarra, su patria.

Durante su mansion por enfermo y jubilado académico en su amada iglesia de Roncesvalles, por los años que corrian de 1557, dió el celebrado parecer en la tierra, que luego lo homologaron é insertaron en su sentencia arbitral los diputados por el cabildo y el noble valle de Aezcoa sobre pastos y límites, imponiéndoles pagar para sí los jueces, por razon de sportulas *cada sendos pares de guantes*, de que se abstuvo el consultor Azpilcueta por su admirable sistema de abnegación en materia de honorarios, de consultas y otros servicios, como se verá mas adelante: era hombre hecho todo para todo. El parecer comenzaba así, como en forma autoritativa: Nos el doctor D. Martin de Azpilcueta, comendador del Villar de esta santa orden de Roncesvalles, catedrático de prima jubilado, decimos, etc.

(Continuará.)

## YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

ELLA.

En política mi Elena odia la república, cree que el pueblo siempre es pueblo, y que por consiguiente la turba es de suyo grosera y no se civiliza; no comprende la igualdad socialista, no le cabe en su cabeza que sus tipos ideales han de ser iguales á los palurdos, y no se puede figurar que hay igualdad entre ella y la Atanasia que la sirve.

Así es mi Elena: ¿y quién no ha de amar con delirio á una mujer tan idealizada, tan poética, tan sublime? Por eso yo la adoro, y eso me disculpa si he sido prolijo en enumerar sus buenas cualidades.

Varias veces hemos salido juntos á paseo; siempre hemos ido al

Retiro, al delicioso Retiro, al resumen de lo poético, porque es únicamente donde hay en Madrid arboleda, arroyos, ruiseñores, flores, patos y peces. ¡Qué hechicera iba un día que subíamos hacia la casa de fieras! Yo iba en medio, llevaba del brazo á la mamá, gruesa señora que sopla mucho cuando anda, que se mueve con dificultad y que es muy corta de resuello. Elena iba entusiasmada de oír la brisa que mueve los árboles y que parece los hace pronunciar sonidos inarticulados, pero espresivos y sublimes, porque estan llenos de melodía vaga.

De vez en cuando se percibía el monótono graznido del pato, y mi Elena me miraba llena de amor; yo me sonreía á cada una de sus miradas, y era mas feliz que Crespo y me ponía mas orgulloso que debió ponerse Luis XIV al decir: *P'etat c'est moi*. El que no ha amado en medio del campo, ante la naturaleza muda, bajo un cielo sereno y azul, entre los diversos murmullos que forma la creación,

Ni sabe lo que es amar  
Ni tiene idea del cielo.

No igualan el lujo oriental con sus perfumes y sus surtidores, ni la régia cámara, ni el aristocrático *boudoir* francés, ni la confortable alcoba, no valen, digo, un momento de amor al aire libre; pocas veces he sido mas feliz, lo confieso; es la primera vez de mi vida que dejé de pensar en el mundo para vagar por las nubes de la ilusión; hubo momentos en que me creí elevado de la tierra y me figuré estar en un mundo desconocido en que todo me sonreía. ¡Es tan bello el paisaje cuando se retrata en el cristal de los ojos de una mujer adorada!... Por eso desde aquel día comprendí que los verdaderos amantes huyan de las toscas y antipóéticas ciudades para enterrar su amor entre las delicias del campo: así lo hicieron Tasso, Petrarca, Rousseau y otros muchos.

Al volver de paseo las hice entrar en el café; me costó mucho trabajo: ¡oh desinterés! Elena no hubiera entrado nunca, á no habérselo mandado su madre: la madre deseaba entrar; es claro; la suegra mace glotona, como nace cruel y severa; entramos, y tomaron leche amargada; deliciosa bebida la leche! Mi Elena era aficionada á la leche: esto me entusiasmaba, porque me veía con ella habitando una casa de campo manteniéndonos de leche y frutas, sin tener que atracarnos de manjares vulgares y odiosos.

¡Cuántas veces me he creído el hombre mas feliz de la tierra desde que estoy en santas y puras relaciones con la que constituye la mitad de mi vida, con el pedazo de mi alma! ¡Cuántas frases de amor la he dicho! ¡Cuántas cartas llenas de ilusión la he escrito! ¡A cuántas me ha contestado! Y aquí es ocasion de decirte que Elena escribe bien, que redondea los periodos, que es muy poética, que sus frases parecen frases del conde de Vigny, y sus elevados conceptos son dignos de los de Juan Jacobo. Pero baste de elogios: aquí tienes una carta suya, elegida á la casualidad entre las 75 que tengo tuyas: héla aquí, fecha 26 de Julio:

«Enrique de mi vida, de mi alma y de mi corazón! porque mi vida es muerte sin tí, mi alma es cuerpo inerte y frio si tú no le embalsamas con tu amor, y mi corazón es peña dura si tú no le ablandas con tus miradas; vuelvo á repetirte que te adoro y no podré olvidarte, porque siempre que pienso en tí, se alzan de mi corazón unos murmullos vagos que elevan mi alma á tu amor. ¡Qué felicidad es amarse como nosotros! ¡qué gran cosa es el amor! esa santa semilla que se esparce con las miradas de dos que se aman, y que echando raíces en el corazón, dan flores y frutos bellos y poéticos como ninguna flor del mundo: así es el amor que yo te profeso: las flores que el amor ha producido en mi corazón son tuyas, Enrique mio; á ti pues mi vida entera por los siglos de los siglos.»

»ELENA.»

Esa es la mujer á quien adoro, poética como un lucero, encantadora como una vibración de una lira que se percibe á lo lejos, mas melodiosa que el suspiro del fabuloso Memnon, como diría Victor Hugo. El eco del amor de Elena me confirma mas en mi idea de que el amor es la mas completa de las melodías, y todos los dias me retiraba á mi casa ébrio de felicidad y de gozo.

Llegó el día en que la hablé de mi proyecto de enlazar su suerte incógnita á mi porvenir magnífico, puesto que me habían empleado en el Monte de Piedad con 6,000 reales, y efectivamente la propuse nuestra union legítima con permiso de su madre, consentimiento suyo y anuencia del párroco. Apenas lo oyó se desmayó. ¡Cielos!... ¡tendría horror al santo vínculo? ¿sería una de esas mujeres que no ven en el matrimonio mas que el acto brutal de entregarse en brazos del hombre que la suerte les depara?... Pero no fué eso; fué un desmayo de felicidad, como se desmayan los ángeles del cielo, como se inclinan las flores sobre sus tallos.

Apenas volvió de su poético desmayo, desmayo que á haber sido yo egoísta hubiera deseado que durara una eternidad, ¡tan hermosa esta-



bal... me echó los brazos al cuello diciéndome: ¡qué felices vamos á ser! cómo te voy á adorar! ¡qué embriagada va á correr nuestra existencia! Va á pasar silenciosa y feliz como pasa el murmullo del arroyo, como las columnas aeriformes de un perfume!

Yo la miré, y en un rato no hablamos mas; ¡pero qué lenguaje humano expresa lo que dicen unos ojos queridos que se animan ó se apagan segun las sensaciones que experimenta el alma! ¡qué poesía hay mas grande que la respiración lenta ó agitada de la muger á quien amamos!... Por eso nos embriagamos en nuestras miradas, y hubiéramos permanecido mucho tiempo en esa ilusion, si no hubiera entrado la madre á decirnos que hacia muy buena tarde y que era preciso salir á tomar el aire.

—Calla! me dijo Elena, no digas nada de nuestro proyecto.

Yo enmudecí, y salimos.

Tanto como días atrás amé el Retiro, aquella tarde me pareció monótono y anti-poético; el ruido del aire me disgustaba; los arroyos me parecían llenos de cieno; todo se presentaba á mi imaginación prosaico menos ella, menos mi idolo; yo andaba sin saber por dónde; tanto que dos veces pisé los callos de mi futura suegra y una vez medio atropellé á un perrito de lanas. Esto le hizo á Elena esplanar sus ideas acerca del perro: odio el perro, me dijo; su ladrido me molesta, su cariño me ofende; no concibo cómo se puede poner tanto cariño en un perro: veo siempre en el perro un animal sin gracias que come, duerme, gruñe y ladra; y además porque siempre que el diablo entra en alguna casa es bajo la apariencia del perro.

Este final me entusiasmó. Elena sabia la aventura de Misistófeles; habia leído el Fausto de Goethe; desde entonces he cobrado doble cariño al autor de Werther.

Pasaron los días felices y entusiasmados: cada vez que nos veíamos nos amábamos mas; ella me dió pelo, me envió flores, me dió su retrato, cubrió de besos todos sus regalos, me hice una caja con tapa de cristal para ponerlos, y me pasaba las horas muertas contemplándolos. ¡Hay tanta poesía en todo lo que pertenece á la que amamos! Llegó por fin un día en que Elena me permitió comunicar á su madre nuestro proyecto; fijamos un día y hora, y convinimos en que seria el domingo próximo á las tres de la tarde; estábamos en viernes.

Amaneció el domingo 5 de setiembre sereno y despejado: no pude menos al asomarme al balcon de esclamar como Beranger de Napoleon:

*¡Le ciel toujours me protege!...*

Me vestí, me aliculé en regla; Pelaez se encargó de mi cabellera: ¡qué bien me puso! Hecho un querubín de Murillo. Me puse frac negro y guante blanco, y me hice charolar las botas. Es necesario, me dije á mi mismo, que el hombre sea elegante; es condicion *sine qua non*, para ser enamorado; iba hecho un figurín. A la hora fijada me encaminé á casa de las que dentro de algunos instantes iban á ser mi familia; Elena me esperaba al balcon. Subí y pregunté por la madre: me recibió; me quiso hacer pasar al gabinete donde se hallaba su hija; le dije que la visita era á ella, puesto que con ella venia á tratar un asunto de sumo interés: debió comprenderme, porque se sonrió. (La madre es siempre perspicaz.) Nos sentamos y entablamos el siguiente diálogo:

—Señora, le dije, V. habrá conocido que tengo una pasión vehementemente por Elena; por ella daría cuanto soy, cuanto tengo, cuanto valgo, lo que seré, lo que tendré y lo que valdré: ella me anima á trabajar; ella me hace feliz, me ama; yo he adquirido una posición independiente: concédame V. su mano, porque si no moriré, y muy pronto.

—Enrique, me dijo, ya he conocido hace tiempo su pasión de V.; madre celosa, he velado por mi hija: V. la conviene; ella le quiere; yo le aprecio; no hay inconveniente; desde ahora puede V. considerarme como su madre; y me abrazó.

Aquí terminó mi misión: llamó á Elena, y salió ruborizada como debió estarlo el día que por el balcon de la calle del Pozo me mandó la contestación á mi atrevida declaración. ¡Qué bonita estaba! Poco vale una rosa al lado de mi Elena ruborizada.

Le refirió su madre el objeto de mi visita en un discursito breve, conciso, enérgico y convincente: nunca abogado alguno se ha elevado como mi suegra al explicarle las ventajas del matrimonio. Ella consintió á todo con un murmullo vago, con un movimiento de cabeza significativo: abrazó á su madre, lloraron las dos; yo me enternecí, y lloré.

*que tanto puede una muger que llora.*

Ébrios de felicidad, se determinó que la boda fuera pronto: se fijó día, y la madre me permitió que la besara en la frente. ¡Oh beso! el primero que la he dado, el mas halagüeño de los buenos momentos de mi vida! Nunca se me olvidará la impresion casta que ha producido en mí el contacto de su perfumada y suave epidermis: duró tres segundos, puedo decirlo por las palpitaciones de mi corazón; ella me apretó la mano. Fuimos felices.

Entonces hubiera yo querido habérmelas con los estúpidos detractores del platonismo: ¡qué valen los goces sensuales en comparacion del ligero roce de mis labios sobre su adorable cutis!... Fijado ya todo, sali de su casa, y al verme en mi cuarto lloré; perlas de felicidad, lágrimas del corazón, verdadero holocausto de delicia y ventura.

## NOSOTROS.

Hace once meses y medio que estoy casado, queridísimo é infatigable lector, y hoy puedo decir con mas razon que ninguno los conocidos versos de nuestro gran poeta:

Aprended flores de mi  
lô que va de ayer á hoy;  
que ayer maravilla fui  
y hoy sombra mia no soy.

Vivo con mi suegra, con mi muger y con la prole: situacion difícil: mi Elena ha cambiado: ahora come mucho, pasea mucho; pero cose poco, porque coser es vulgar y de mal género; me quiere, me adora; pero no es el amor antiguo; no es la ilusion de cuando ibamos juntos al Retiro; no la veo tan poética como antes; es muy distinta mi óptica; la he visto tantas veces vestirse y desnudarse! Lector, si eres jóven y te casas, cuando tu muger se desnude delante de tí no la mires: cree en la esperiencia; la muger sin sus atavíos es como el amazon de un coche.

La he visto comer, y no come; devora. Es tan anti-poético comer, hace tan mal efecto ver mascar garbanzos y tocino á la muger amada!

La he visto por la mañana temprano, con los ojos medio cerrados, el pelo descompuesto, la cara pálida y ojerosa, sin lavar, que me ha quitado la ilusion: lector, si te casas, duerme lo menos posible con tu muger.

Pero no es esto lo peor; por todo pasa, todo lo concibe el que quiere; aun se puede hacer ilusiones el que ama; aun pueda bendecir el matrimonio el que ha llevado una muger ante los altares; aun se puede ser feliz en medio de tanta prosa; pero lo que es el colmo de lo terrible; lo que es prosaico como nada en el mundo; lo que agosta el corazón; lo que borra la ilusion para siempre; lo que acobarda y fatiga; lo que hace sudar, es lo que á mí me ha sucedido á los once meses de casado; lo terrible es verse á ese tiempo con dos hijos gemelos como yo me veo, con una Elenita y un Enriquito, muy llorones.

¡Qué principio! ¡qué porvenir!... Callemos. Mi lengua enmudece cuando tengo que hablarte de *nosotros*, y no puedo decirte mas que estos dos grandes axiomas:

1.º El matrimonio es un gran paréntesis y solo como tal debe aceptarse; el que no le considere como un paréntesis entre esta vida y la otra, que se tire al canal.

2.º La mejor quina para la fiebre romántica es el matrimonio; la cura radicalmente.

Marzo á junio, 1855.

A. BONNAT.

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

### El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

La diversidad de los necios es asunto sobre el cual escribiría un volumen de prosa, picarescamente filosófica; el desventurado Quevedo, amigo de decir verdades—segun su propia confesion—*en lo roto y poco medrado* (1): Luis Hurtado ha aglomerado los modismos habituales de la gente vulgar de su tiempo, dada á la vanidad del ocio y al regodeo de la ignorancia, para revelar la insustancialidad social de los necios. Hé aquí las palabras testuales del *arancel*, fijado en las paredes del hospital:

El que con agua menuda  
por ser poca caminaré;  
el q' en seso preguntare  
por palabra tosca y ruda  
las cosas que no acertare:  
—vuestra merced es venido.  
—como señor no es partido.  
—Oh! como llueve á deshora.  
—Que frio que hace agora.  
—A donde se le ha partido.

(1) En *El mundo por dentro*.



Si algo se le cayó,  
al caer no dió en el pié  
el que dixere—Pensé.  
—Como el diablo corrió.  
—Acá está vuesa mercé.  
Quien dice—el día de marras;  
el que se pusiere en jarras  
al tiempo de pasear;  
el que está mucho en templar  
arpas, vihuelas, guitarras.

Quien se masca los cordones  
y las uñas va royendo;  
quien el mal olor oliendo  
abre mucho los cañones,  
ó—; cómo hiede!—diciendo;  
el que dice—no pensaba.  
—No sabía.—No miraba.  
—Tiempo hay.—y—Bien está.  
—Que mañana se hará.  
—Veremos en qué parará.

—Bueno está que me dirán.  
—Descuideme en buena fé.  
—Aqueso yo me lo sé.  
—Dineros no faltarán  
porque Dios hará mercé.  
—Salir tengo con la mia.  
—Voluntad es alegría.  
—Hasta ahí puede llegar.  
—Dineros lo han de pagar  
que á la fin se acabaría.

—Esto me parece á mi.  
—El consejo es escusado.  
—A una muerte está obligado.  
—Oh! qué desdichado fui!  
la fortuna lo ha causado.  
—Ora mas no me digais  
q' aquesto aunq' no querais,  
y aunque pese á San Babel  
en esto que le va á él  
dexais deso; ¿no mirais?  
—Tijeretas han de ser.  
—Marido tened paciencia.  
—Si el raso no es de Valencia.  
—Mirad que negra dolencia.  
—Hostigar ni arrebozar.  
—Arrendar y arremeter.  
—Arredrar y á revolver.  
—Regazar y arrebolrar.

Y todo vocablo que es  
malo al principio y al fin  
en romance y en latin,  
y el que es torpe de través  
dende la toca al chapin;  
todos estos condenamos  
y por insertos los damos  
en este nuestro arancel,  
y el que fuera contra él  
le traigan á donde estamos.

El poeta, acorde con las condiciones de su fábula, pregunta á los directores del hospital por los recursos de sus enfermerías, y aprovecha esta ocasion para presentar al público la general participacion que ofrecen todas las clases de la sociedad en el socorro y mantenimiento de los necios.

Nosotros copiamos con el mayor gusto la siguiente enumeracion.

A silencio, su doctor  
y á melindre, limosnero  
y á tiempo hay, cocinero  
y á sufrimiento, rector  
con el otro dispensero  
y al fiscal y hospitalera  
y al confesor que allí era;  
á todos ocho juntados  
pregunté á estos cuitados:  
¿hay quien dalles algo quiera?

El fiscal me respondió:  
—Tienen muchas dotaciones,  
muchos juros y raciones  
que aquí te mostraré yo  
de quien hizo donaciones;  
mira aquesta tabla llena  
de renta tanta y tan buena  
y aun dejan mas cada dia,  
q' aunque crezcan á porfia  
los enfermos, no he yo pena.

Juros, casas y dehesas,  
tierras, viñas y heredades,  
dejaron legos y abades  
con que se hinchén las mesas  
de muy gordas necedades.  
Fueron ricos, lujuriosos,  
hijos de padres viciosos,  
caballeros, bandoleros,  
mozos livianos, solteros,  
viejos simples, enfadosos.

Los clérigos cazadores,  
mercaderes entonados,  
oficiales estimados,  
cofrades competidores  
y viejos enamorados,  
muchos padres descuidados,  
perezosos herederos,  
temerarios capitanes,  
señores con sus truhanes  
y mil cobardes armados.

Los que edificios labraban  
mayormente en casa ajena  
y fundaban sobre arena;  
labradores que sembraban  
en la tierra menos buena,  
y de viudas melindrosas,  
monjas pobres y curiosas,  
de beatas trotaderas,  
mozas estimadas, fieras,  
y de viejas milagrosas.

De mil jentes que pudieran  
en los pleitos y questiones  
dar medios en sus pasiones  
contino pleitos tuvieron  
por seguir sus opiniones:  
de casados descontentos,  
de mezquinos y avarientos,  
de pródigos sin provecho,  
de los que á tuerto y derecho  
os juzgan los mandamientos.

De estos son las dotaciones  
que van contino dejando  
y á si mismos explicando  
que con tales ocasiones  
presto vendrán á este bando.

Luis Hurtado, guiado por la *necesidad* y apoyado en la *discrecion*, reconoce que el *Hospital de necios* no es asilo conveniente para los enfermos de amor, y el *discreto lenguaje* le proporciona la salida, que viene á ser la conclusion de la obra.

Segun hemos prometido á nuestros lectores, acompañamos al poeta en su festivo y satírico reconocimiento del *Hospital de los necios*. Así pues cerramos nuestro exámen crítico sobre la invencion del ingenio, al paso que el ingenio cierra tambien la invencion de su fantasia. La cronología dispensará á la crítica literaria que el prosista del siglo XIX se haya remontado á parecer contemporáneo del poeta del siglo XVI. Bien se podría cegar el profundo foso que separa ambas edades con los necios que se habrán alojado en las galerías de su hospital, desde 1582 hasta 1833.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.